

CARTA AL DIRECTOR



Gac Med Bilbao. 2024;121(1):47-48

“Que cambiar el mundo, amigo Sancho, no es locura ni utopía, es justicia”.

Bilbao-Soto Aurora^{a,b,c}

(a) Profesora jubilada Universidad del País Vasco - Euskal Herriko Unibertsitatea (UPV/EHU). Leioa, España

(b) Asociación Internacional de Médicos para la Prevención de la Guerra Nuclear

(c) Ciudadana comprometida

Recibido el 6 de enero de 2024; aceptado el 14 de febrero de 2024

A lo largo de la Historia, la resolución de los conflictos entre personas y grupos se han dirimido por medio de la violencia de las armas e incluso utilizando estrategias militares específicamente dirigidas contra la población civil. Desde la antigüedad hasta hoy, hemos visto que la capacidad de destrucción de las armas utilizadas en los conflictos (biológicas, químicas y nucleares ...) han ido incrementando su perversidad y su crueldad, generando un sufrimiento absolutamente inaceptable.

Violencia, muerte, hambre, pobreza, enfermedades, daños irreversibles en el ámbito de la salud mental y deterioro de las relaciones personales, sociales e internacionales. Éstos son los efectos de las guerras y los conflictos que afectan a la Sociedad en toda su dimensión.

Los conflictos y las guerras generan una inestabilidad social, económica y política, que hace difícil la supervivencia de la población civil afectada, que suele ser la que, en este reparto de crueldades, se lleva la peor parte, sobre todo los más vulnerables: mujeres, niños, niñas, perso-

nas mayores, enfermas y discapacitadas.

Cuando el campo de batalla y los objetivos “militares” se llevan a las ciudades, colapsa el sistema de organización social por la destrucción de las infraestructuras vitales (suministro de agua, energía, alimentos, asistencia sanitaria...). La consecuencia inmediata es la aparición de crisis alimentarias, en cuyo contexto surgen enfermedades relacionadas con la desnutrición, con la dificultad del acceso al agua potable y por las condiciones de insalubridad en las que la población civil se ve obligada a vivir.

Las necesidades sanitarias, (que obviamente son mayores que en condiciones normales), no pueden ser satisfechas porque la desestructuración y el colapso de los Sistemas de Salud lo impiden.

Por si esto fuera poco, a todo ello hay que sumar el deterioro del Medio Ambiente, (tierras, aguas y aire contaminados) dando vía libre a una mayor incidencia de infecciones, entre otros efectos. Todo ello, aleja cualquier esperanza de supervivencia y reconstrucción del entramado

de salud, social y económico anterior al conflicto, porque los países en guerra quedan inmersos en un caos del que es muy complicado salir.

La situación de pobreza, que va paralela a las guerras y los conflictos, debe movernos a la reflexión en un mundo tan interdependiente como el nuestro.

La percepción de estar en peligro dispara la situación de alerta (stress) de nuestros sistemas endocrino e inmunológico, poniendo en modo "frágil" nuestra salud, con la aparición de problemas de sueño, trastornos digestivos, estrés postraumático Esto afecta de manera muy especial a la población infantil, que ve como se desvanece su sistema de protección. Viven con angustia y mucho miedo la muerte a su alrededor, sus padres, hermanos, amigos ... y les resulta difícil afrontar la soledad.

Todo esto representa una violación del Derecho Internacional Humanitario, de los Derechos Humanos y del más básico sentido de empatía y la compasión. Se han traspasado todas las líneas rojas que marca la ética además de la ley.

Los profesionales en el ámbito de la Salud tenemos ante nosotros una responsabilidad sobreenvenida que no podemos eludir. Por un lado, proporcionar atención a todos los problemas de salud provocados por las guerras y los conflictos y por otro hacer nuestro el Juramento Hipocrático, según el cual, tenemos la obligación de denunciar cualquier amenaza para la salud de la ciudadanía del mundo, lo que se traduce en: "prevenir antes que curar".

La situación de deterioro de las relaciones internacionales no nos deja mucho lugar a la esperanza. Estos días, estamos siendo testigos de una escalada en número y en crueldad de los conflictos, que parece estar fuera de todo control. Sin embargo, no hay en el escenario ningún planteamiento para la búsqueda de soluciones que la convivencia de la ciudadanía derive hacia la sensatez, la cordura y la armonía.

La carrera armamentista dio su primer paso en 1945. Desde entonces la escalada armamentista ha avanzado tanto en el terreno cuantitativo como en el cualitativo. Con la creación y el uso de las armas de destrucción masiva (armas nucleares, biológicas, químicas, minas antipersonal ...) se ha sobrepasado cualquier principio

de moralidad y ética. A pesar de estar prohibidas y fuera de toda ley, se han seguido utilizando.

En el balance de víctimas de un conflicto no sólo contabilizamos la cifra de muertos sino también el sufrimiento generado directa o indirectamente entre los supervivientes.

Los habitantes de los emplazamientos de los ensayos nucleares, los veteranos de la Guerra de Vietnam, la devastación medioambiental, los Hibakushas de Hiroshima y Nagasaki, el Síndrome de la Guerra del Golfo, los accidentes en las centrales nucleares de Las Tres Millas (EE.UU.), Chernobil (URSS) y Fukushima (Japón), las víctimas de las armas con uranio empobrecido, los niños soldados, ... he aquí parte de la historia más reciente de las consecuencias de las guerras y la preparación para las guerras. No nos olvidamos de las víctimas de esos conflictos "silenciados", de los que únicamente sabemos que sus causas, la codicia de los países más poderosos.

No es casualidad que el tráfico de armas, vaya en paralelo al tráfico de drogas y al tráfico de personas con fines de explotación sexual. Armas, drogas y prostitución son pilares importantes sobre los que se sustentan la economía mundial y son responsables de muchas muertes y de la deshumanización de sus víctimas.

No es momento de lamentaciones sino de tomar decisiones que contribuyan a la resolución de los conflictos por la vía pacífica.

El "progreso", motor que ha hecho avanzar a la Humanidad en muchos aspectos y fundamentalmente en el tecnológico, parece haber dejado muy atrás el "desarrollo humano". Conseguimos pisar la Luna, según nos cuentan. Pero no fuimos capaces de salvar a la niña Omaira atrapada entre el fango y los escombros hasta su agónica muerte, como consecuencia de la erupción del Nevado de Ruiz (Colombia). Con la ayuda de una sencilla motobomba se hubiera podido salvar ... pero no ocurrió así, para nuestra vergüenza.

"Cambiemos nuestra manera de pensar si queremos que la Humanidad sobreviva". (Albert Einstein)